

el dios del mal y del infierno sería menos cruel que el «dios de bondad»<sup>1</sup>. «¡Pongámonos en manos del diablo y estaremos mejor!» En cuanto á los sutiles doctores, á los tímidos y á los delicados á quienes la oración y el sufrimiento habían reducido á la supresión de toda voluntad, no tenían más recurso que la resignación extática y leían la *Imitación de Jesucristo*.

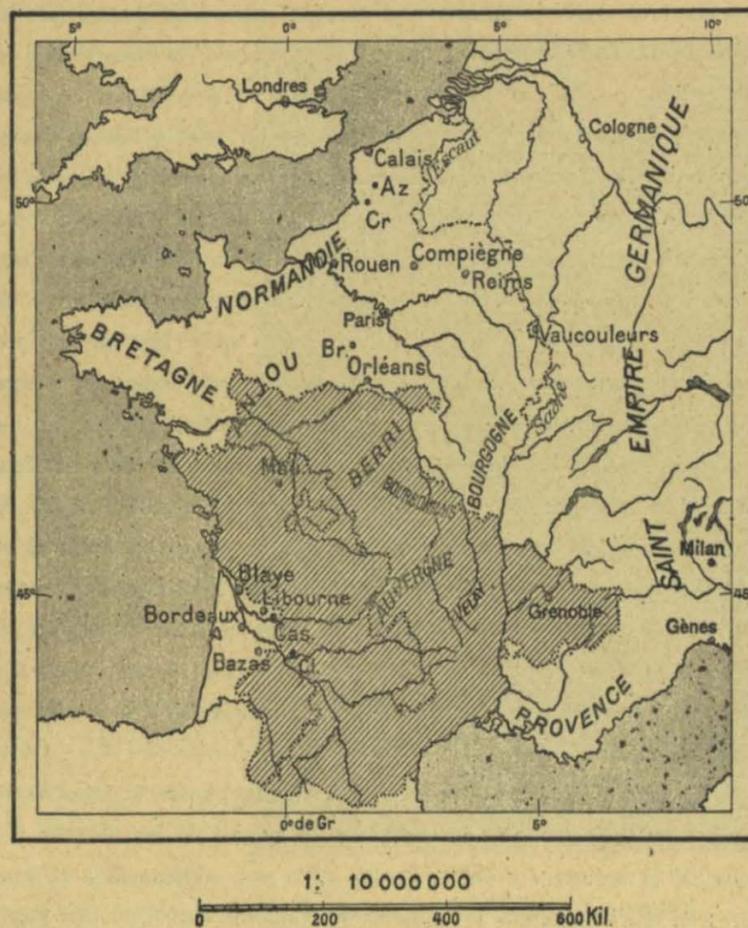
¿De dónde podía venir la salvación? El pobre pueblo hubiera querido dejarse guiar todavía por los señores, que de tan extraño modo le habían defendido en los campos de batalla, pero los nobles se hallaban casi todos en los campos extranjeros; no le quedaba más recurso que «hacer jacquería» contra los Ingleses, como lo había hecho más de una vez contra los nobles; la desesperación le aconsejaba todas las locuras, y por ella se precipitó siguiendo á una pastora inspirada. Era insensato, decían los hombres de guerra, pero esa insensatez libertó á Francia. A lo menos por cierto tiempo la lucha dejó de ser un torneo de caballería, y las mujeres y los campesinos se lanzaron á ella con toda sinceridad, sirviéndose de las armas que poseían y que supieron manejar con más fuerza y destreza que los hijos de los paladines supieron manejar las suyas. La fortuna cambió de partido, y unas después de otras, las ciudades amuralladas y las provincias fueron tomadas á los Ingleses. Por un magnífico ejemplo, el pueblo de los oprimidos y de los vencidos demostró que podían prescindir de los reyes cubiertos de bordados de oro y de prelados magníficos; y resultó que por un instinto seguro de interés de clase, el rey Carlos VII abandonó á Juana de Arco que le había coronado (1429), y los prelados, con el arzobispo á la cabeza, la acusaron de brujería y de pacto con el diablo, y la quemaron en una plaza de Ruan (1431). Los mismos que en nuestros días continúan la tradición conservadora de la monarquía y de la Iglesia se esfuerzan ahora por colocar á Juana la Pastorcilla en el rango de «Santa». Después de un medio milenio, el arrepentimiento es tardío.

La intervención directa del pueblo en sus propios asuntos reconquistó gradualmente el territorio nacional. París fué devuelto á

<sup>1</sup> *Journal d'un Bourgeois de Paris*, año 1421, citado por Raoul Rosières, *Recherches critiques sur l'Histoire religieuse de la France*, ps. 411 y siguientes.

Francia en 1436, y los Ingleses que mandaba Talbot hicieron en Castillon (1453) sus últimos esfuerzos de resistencia, seguidos bien pronto

N.º 346. La Francia de la guerra de Cien años.



El territorio rayado es el que obedecía al rey de Francia en el momento en que Juana de Arco se presentó á Carlos VII.

Al principio de la guerra de Cien años, los Ingleses no poseían más que la Guyena y el Ponthieu (véase mapa n.º 335, p. 103). Desde sus victorias de Crecy (Cr.) y de Poitiers (Mau.) hasta la paz de Bretigny (Br.), en 1360, su dominio se extendió desde el Poitou en el Armagnac hasta la línea puntillada. En la segunda parte de la guerra, después de la campaña de Du Guesclin y Azincourt (Az.), los Franceses recuperaron gran parte de la Francia del Sud-oeste, pero casi todo el Norte pertenecía á los Ingleses.

de la sumisión de Burdeos, que vió la resistencia inútil. Las dos plazas de Calais y de Guines fueron las únicas que quedaron en poder

de Inglaterra, porque se hallaban enclavadas en territorio burguñón.

De una parte y de otra era completo el agotamiento de los pueblos. No hay duda que habiendo tenido lugar sobre el territorio francés las expediciones, las maniobras y las batallas, en él causaron los mayores males la miseria y el hambre; pero si la guerra de Cien años no asoló directamente el suelo de Inglaterra, la situación de los vencedores no fué mucho menos miserable que la de los vencidos. En primer lugar los Ingleses sufrieron mucho por el brusco desembarco de piratas normandos, bátavos, árabes ó turcos, no sólo en tiempo de guerra, sino también en tiempo de paz. A pesar de la vigilancia de los ribereños, pocas ciudades de la costa inglesa, desde Bristol y Plymouth hasta Berwick, se libraron del incendio y del saqueo: las islas de Wight y de Thanet, mal socorridas por las gentes de la gran tierra, fueron despobladas casi por completo, y entre las ciudades destruídas por los piratas franceses, las hay que no han reparado todavía sus desastres; por ejemplo, sobre la costa de Kent, la ciudad marítima de Sandwich, muy importante en otro tiempo. Se abandonó la conservación de los caminos que conducían desde los puertos de mar al interior, por temor que los utilizaran los corsarios; los habitantes de Salisbury, á pesar de hallarse á 40 kilómetros del mar en línea recta, elevaron una gran muralla y cavaron un ancho foso en derredor de su ciudad, para defenderla de los peligrosos visitantes.

En todo el país, el empobrecimiento causado por el peso de los impuestos y de las servidumbres, por la partida de los jóvenes y el cese de la industria y del comercio, tuvo por consecuencia el hambre; en muchos puntos las mujeres se comieron sus hijos; los ladrones encerrados en las prisiones esperaban con impaciencia que les trajeran otros criminales para arrojarse sobre ellos y devorarlos todavía palpitantes. Desaparecieron en gran parte los animales domésticos, robados por los vagabundos ó muertos de inanición; en algunos distritos no quedaron bueyes, vacas ni gallinas; hasta las abejas murieron por la pestilencia. Los animales rapaces y de presa se negaban á comer la carne de los animales putrefactos: fué preciso designar enterradores especiales para enterrar todas esas materias en descomposición. Hasta las plantas nutricias estaban enfermas, y las

«hierbas medicinales, dice un autor de la época, destilaban veneno»<sup>1</sup>.

La peste reinaba también sobre los hombres, y esa peste en realidad no era más que otra forma de la miseria. Para los desgraciados campesinos, 1348, á la batalla de Crecy siguió el año fatal por excelencia, pues-

to que los analistas refieren que más de una mitad de la población desapareció por el azote: se borraron ciudades de la tierra sin que de ellas quedase recuerdo; en algunas ciudades, como Norwich, más de las tres cuartas partes de los habitantes sucumbieron á la «muerte negra». El clero sufrió aún más que los laicos: en una sola diócesis, la de Norwich, hubo necesidad de ocupar 863 plazas vacantes de «rectores», ordenando laicos precipitadamente por la única razón de que sabían leer, ó por-

que, habiendo quedado viudos, podían pronunciar el voto de celibato. Las pestes sucesivas causaron menos mal, porque ya se había hecho el vacío ante la muerte; pero se produjeron frecuentes reapariciones de la epidemia, como incendios que renacen de un hogar mal apagado.



Cl. J. Kuhn, edit.

ESTATUA DE JUANA DE ARCO EN VAUCOULEURS:  
DONACIÓN DE LUIS XI

Veinticinco años después de la muerte de Juana, en 1456, fué revisado su proceso y rehabilitada su memoria en Ruan.

<sup>1</sup> Trokelowe; — W. Denton, *England in the fifteenth Century*, ps. 85 y siguientes.

Se evaluaron en general en una veintena de asaltos los ataques de la peste que se renovaron durante el final del siglo XIV y parte del siglo XV, pero mejor puede decirse que la enfermedad no cesó en todo ese período con mayor ó menor violencia. Las relaciones de ciudad á ciudad estaban interrumpidas: en 1406 el rey Enrique IV estuvo en peligro de ser capturado por unos piratas, porque, no osando atravesar Londres, se había aventurado sobre el bajo Támesis para ir desde el Kent al Essex, siendo capturada una parte de su convoy. Se suprimió la ceremonia del besamanos porque el vasallo temía contaminar sus labios y el señor temía entregar su mano<sup>1</sup>.

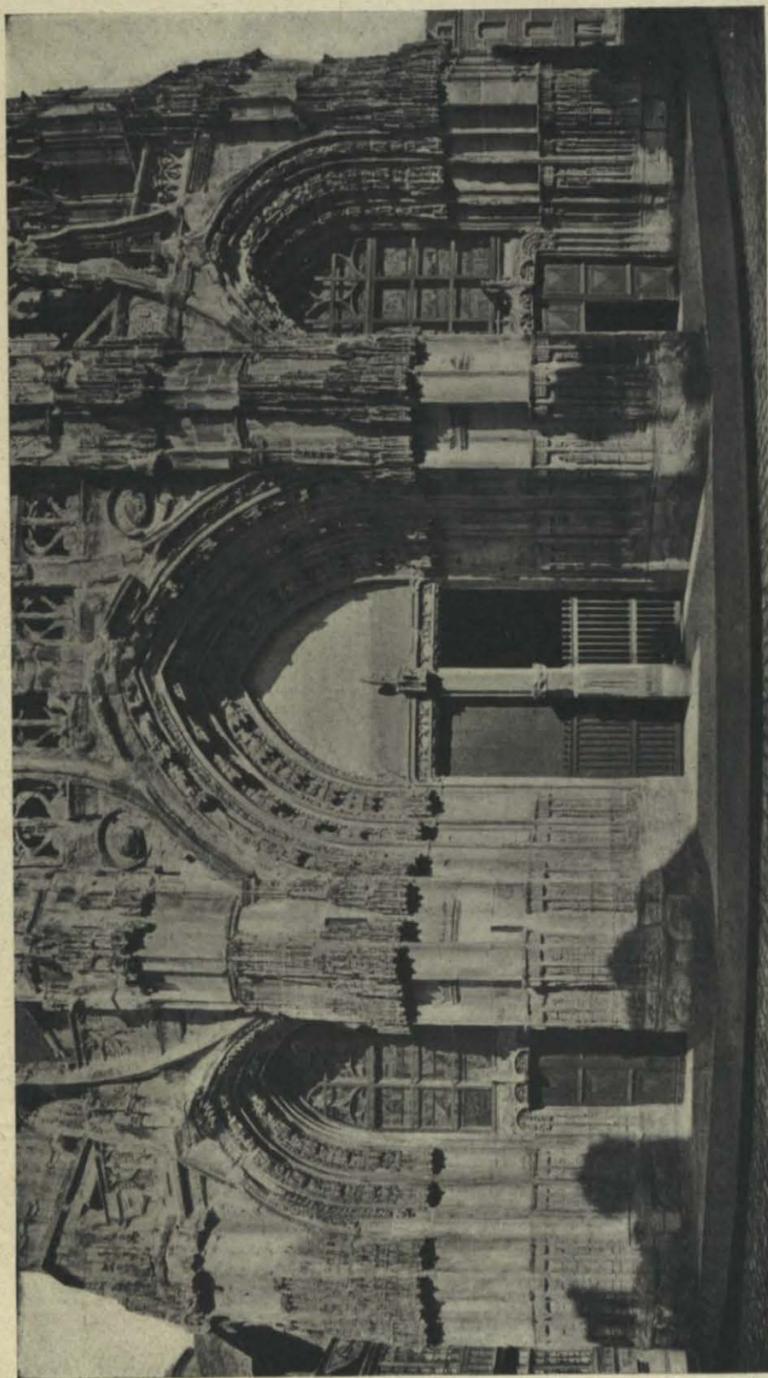
En sus estudios históricos sobre la Edad Media en Inglaterra, Denton trata de calcular el movimiento de población después de Guillermo el Conquistador, del cual resulta que parece que hubo progreso positivo, aunque lento, durante el período normando hasta después de la muerte de Eduardo I. A la mitad del siglo XIV la población inglesa debía ser de unos cuatro millones, pero la guerra de Cien años, la lucha continua sobre la marca de Escocia, la miseria y la peste causaron nueva soledad, y el número de habitantes descendió probablemente bajo el nivel indicado por los registros del Domesday-book<sup>2</sup>.

El retroceso de civilización que se produjo durante los dos siglos de asesinatos, de miseria y de despoblación fué tan considerable, que los objetos de comodidad y de lujo empleados en la época normanda fueron completamente olvidados, hasta el punto que los pares de Inglaterra volvieron á comer cogiendo la comida con los dedos, y cuando reaparecieron los tenedores en las mesas, en el reinado de Isabel, se habló de esos instrumentos como de un verdadero descubrimiento<sup>3</sup>. Sin embargo, hacia el final del siglo X, un teólogo eminente refiere con horror que la hermana de un emperador de Oriente, casada con el hijo de un dux de Venecia, empleaba unas pequeñas horquillas para llevarse los alimentos á la boca: ¡lujo insensato que pronto atrajo la cólera celeste sobre la tierra, puesto que murieron de la peste algunos años después!

<sup>1</sup> W. Denton, *England in the fifteenth Century*, ps. 97, 105.

<sup>2</sup> *Ibid.*, pp. 128, 129.

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 51.



Cl. Kuhn, edit.

ESTILO BRILLANTE  
IGLESIA DE CAUDEBEC EN CAUX, CONSTRUÍDA DE 1426 Á 1515

El bandidaje había llegado á ser la gran industria de los campos. El peligro de los ataques á mano armada había hecho votar una ley (1285) por la cual los señores, los municipios y otros propietarios quedaban obligados á derribar y destruir todos los cercados, malezas y bosques, hasta doscientos pies de distancia, de cada lado de los caminos que conducían de un lugar de mercado á otro. El propietario de los terrenos que atravesaban los caminos era considerado como responsable de todo crimen de violencia cometido en el sitio donde se hubiera descuidado el trabajo de limpieza ribereña<sup>1</sup>.

Las condiciones de la propiedad de la tierra habían cambiado y la situación del pobre pueblo empeoraba. El capricho y la avidez de los señores no dejaban á los campesinos más que la rutina de su cultivo, hallándose todo sujeto á regla en el trabajo agrícola: una parte de la tierra estaba dividida en pequeños lotes, con su habitación familiar cada una, bien limitada por un cercado de madera ó de seto vivo, el *ton* ó *tun*, origen primitivo de tantos *towns* ó ciudades<sup>2</sup>; una segunda parte de la tierra se sometía también al cultivo, pero no en provecho de determinadas familias, sino que la labor se hacía en ella en beneficio colectivo de la comunidad. Ese campo estaba formado en arriates de una longitud uniforme, medida que los agrimensores y dibujantes de planos usan todavía en Inglaterra, el *furlong*<sup>3</sup>, y cada uno de ellos estaba separado de los otros por un espacio inculto, cubierto de césped ó de maleza donde pudieran cobijarse las liebres. Todos los arriates de un mismo grupo estaban labrados por el mismo arado y la cosecha se hacía al mismo tiempo para que la tierra quedase en pasto común desde el 1.º de Agosto (*Lammasday*) hasta la Candelaria, á principios de Febrero.

El «señor del feudo» miraba con avidez esos cultivos que pertenecían al municipio, del que podía creerse su representante, y, por una consecuencia natural, el verdadero dueño; pero la ambición por excelencia del noble consistía en apoderarse de los bosques, de los pastos y de las turberas que constituían desde los

<sup>1</sup> W. Denton, *England in the fifteenth Century*, p. 171.

<sup>2</sup> Emile de Laveleye, *Revue des Deux Mondes*, 15 Julio 1870.

<sup>3</sup> *Furrow long*, «longitud de surco», ó sea 220 yardas ó 660 pies (201 metros): es la octava parte de la milla de tierra, *English* ó *Statute mile*.

tiempos más remotos la propiedad de todos y perpetuaba de siglo en siglo el antiguo régimen comunitario, tal como había existido antes del período histórico, entre los antepasados bretones, germanos y escandinavos. En esas tentativas de monopolio, los señores tenían naturalmente el apoyo que da la ley, puesto que ellos mismos formaban el Parlamento y podían legiferar á su gusto, asegurándose á costa de dinero el concurso de los juristas, la alta domesticidad del reino.

Desde la mitad del siglo XIII existía una guerra incesante entre los barones y los municipios por la posesión de esos terrenos indivisos: los tribunales y el Parlamento resonaban continuamente con esos debates, y á veces se trató de resolverlos por la fuerza. En 1235, un acta dió el derecho á los señores del feudo de cercar las partes del suelo común que «no eran necesarias á los comuneros libres». Pero ¿cuál era la regla precisa que permitiera establecer esa distinción entre el terreno necesario y el terreno inútil? Los señores, generalmente sostenidos por los cuerpos beligerantes, pedían la mayor y mejor parte del suelo, cuando no la totalidad, en tanto que los comuneros reclamaban la conservación de los antiguos derechos, y cuando no se les daba razón solían destruir á viva fuerza los setos ó cualquier otra clase de cercados puestos por los señores. Tomás Moro hablaba en su *Utopía* de esas continuas usurpaciones de los «nobles y gentilhombres que cercan todo para pastos, derribando las casas, desarraigando las villas y no dejando en pie más que las iglesias, para convertirlo en parque de ovejas». La mayor parte de los escritos políticos ingleses del fin del siglo XV y de la primera mitad del XVI se halla dedicada á quejas de esa naturaleza. A cada instante surge todavía en la Gran Bretaña del siglo XX la lucha entre las parroquias y los grandes propietarios por el *right of way*, derecho de pasaje, que en último término suele negar la ley á los ciudadanos.

Apoderándose de la tierra, los señores trataban también de apoderarse del hombre, de restablecer la esclavitud bajo otra forma. A este respecto había retroceso evidente sobre los progresos anteriores: cuando la conquista normanda, los esclavos eran todavía numerosos en Inglaterra, mas parecían haber disminuído rápidamente,

gracias al refugio que les presentaban las ciudades y los territorios reales: todos los que lograban escapar á las pesquisas durante un año y un día dejaban de ser esclavos ó siervos para convertirse en trabajadores libres. Verdad es que en las actas del siglo XIII se habla frecuentemente de los aprendices «vendidos» y «comprados», pero



EL RHIN Y LA CATEDRAL DE COLONIA

Cl. Kuhn, edit.

esas palabras habían probablemente perdido su sentido primitivo y se referían simplemente á los derechos y compromisos respectivos de los patronos y de sus discípulos<sup>1</sup>.

Para trabajar los territorios cuya extensión aumentaban incesantemente, los señores trataban de fijar nuevamente el hombre y su trabajo, y para disponer de la mano de obra necesaria, hicieron publicar un acta del Parlamento por la cual se prohibía á los campesinos irse de su parroquia; no obstante, tan grande era la miseria

<sup>1</sup> W. Denton, *England in the fifteenth Century*, p. 36.

en ciertos distritos de los pantanos, de los eriales y de las marcas de Gales y de Escocia, que en aquellas comarcas la «busca de trabajo» no era considerada como delito punible por la ley. Asimismo, en oposición á un edicto que prohibía el aumento del salario de los obreros agrícolas, las necesidades de la oferta y la demanda solían obligar á los propietarios á violar en detrimento propio sus mismas leyes para asegurarse trabajadores por un aumento de pago. Los jóvenes de ambos sexos empleados desde su infancia en el trabajo de la tierra quedaban por eso mismo condenados á la gleba durante todo el resto de su vida, y tenían prohibido en absoluto el aprendizaje de un oficio. Sin embargo, hallándose en oposición completa el interés de las ciudades con el de los propietarios de la tierra, resultaban jurisdicciones contradictorias. La ciudad de Londres, por ejemplo, donde la mortalidad excedía con mucho á la natalidad, se hubiera convertido rápidamente en un cementerio si, á pesar de las leyes, no hubieran acudido emigrantes del campo á llenar los vacíos dejados por los muertos; el mismo fenómeno económico debía producirse en todas las demás ciudades, que continuaban existiendo á pesar de hallarse en contradicción con todas las reglas de la higiene. Los distritos industriales indicaban también la ley en su beneficio<sup>1</sup>.

Pero de todas maneras, señores y burgueses se disputaban la posesión exclusiva de los brazos humanos para utilizarlos como amos crueles. También tuvo Inglaterra sus «jacquerías», y aun puede decirse que la jacquería inglesa fué emprendida con más método y alcanzó los resultados más considerables, desde luego efímeros, como los de todas las jacquerías del continente. En 1381 el Parlamento vota una nueva ley de capitación para subvenir á los gastos de guerra y al lujo de la corte: los campesinos, exasperados por los agentes del fisco, se sublevaron en el condado de Essex; pronto siguieron el movimiento todos los demás condados del Sudeste, y partidas tan numerosas que constituían un ejército de más de cien mil hombres se pusieron en marcha hacia la capital, destruyendo los castillos, abriendo las cárceles y apaleando á los señores y magistrados. El rey Ricardo II

<sup>1</sup> W. Denton, *England in the fifteenth Century*, ps. 145, 217 y siguientes.

no se atrevió á hacerles frente, y los rebeldes entraron en Londres, donde quemaron los palacios de los señores más odiados. Entonces cedió el gobierno, comprometiéndose por juramento á todas las reformas pedidas. Los campesinos, confiados, se dispersaron, y Wat Tyler — Gault el Tejero —, jefe de los insurrectos, fué asesinado por el *lord-maire* en una conferencia con el rey. Fácil le fué á éste hacerse librar de sus promesas por el Parlamento y ordenar el tormento y la matanza por centenas de los campesinos señalados como agitadores. La opresión se emprendió de nuevo con más vigor después de aquella tentativa de emancipación.

Paralelamente á ese movimiento económico, se había producido un impulso de libertad en la iglesia inglesa: la «reforma» se cumplía siglo y medio antes del período crítico que lleva ese nombre en la Europa occidental, personificando y dirigiendo esa transformación religiosa el doctor Wiclef. En la universidad de Oxford, ante el Parlamento y sobre todo ante el pueblo, se le vió combatir las pretensiones del papa á la dominación de las almas, y la ingerencia de los curas y de los frailes en la sociedad civil y en la vida de las familias; rechazó la confesión; después, apelando á la Biblia contra sus intérpretes oficiales, se puso á traducirla en lenguaje popular para que el mismo pueblo, libre de los maestros oficiales de la Iglesia, fuera el juez directo y el confesor de su fe; por último, por vigorosos folletos, esparció sus sarcasmos sobre los abusos religiosos. Hombre de principios, Wiclef llegó hasta las consecuencias de sus ideas, y, como precursor, por la lógica de su doctrina religiosa y hasta política y social, fué mucho más lejos que sus continuadores; en realidad, «llegó al anarquismo individualista absoluto»<sup>1</sup>. El poder civil, en consecuencia, hubo de reprobar su acción, lo mismo que el poder religioso. En 1381, el año mismo del conflicto que puso frente á frente la jacquería de los campesinos y la monarquía, fué condenada por los profesores de Oxford la enseñanza de Wiclef, y sus partidarios, los *lollards*, fueron perseguidos. No se osó, sin embargo, tocar á aquel hombre puro, universalmente respetado, y murió tres años después sin haber sufrido

<sup>1</sup> Ernest Nys, *Notes sur la Neutralité*, «Revue de Droit International et de Législation comparée», 1900.

violencias; pero en 1428, por orden del concilio de Constanza, sus huesos fueron desenterrados y destruidos por el fuego.

A pesar de todo, el espíritu de rebeldía continuó como rescoldo bajo la ceniza en varias comunidades religiosas de Inglaterra, esperando la época en que el gran incendio había de estallar de nuevo. Pero fué en otro punto, en Bohemia, en el centro del continente europeo, donde se continuó directamente la obra de Wiclef, por efecto de las condiciones políticas especiales en que se hallaba aquel país. Eslavos y Germanos estaban allí á la sazón en conflicto, como todavía lo están en nuestros días, y la enemistad natural procedente de la diferencia de lenguas, de costumbres y de las desigualdades sociales que eran su consecuencia, exaltó suficientemente los ánimos para dar la mayor aspereza á las discusiones religiosas. Aquella comarca, que se presenta afrontando con arrogancia las llanuras germánicas, parece constituir un cuerpo distinto y como un mundo aparte. Pero considerando á los Eslavos como la guarnición de la poderosa ciudadela, se observa que, sobre la mayor parte de su contorno, las murallas de recinto están precisamente ocupadas por el enemigo, es decir, por los Germanos. Los Tcheques, venidos del Este, habían podido penetrar fácilmente en Bohemia, cuya parte central habían ocupado, sobre todo las antiguas tierras lacustres, transformadas en fecundos campos que irradian alrededor del confluente del Vltava y del Labe — del Moldau y del Elba —, y que guardaba la ciudad de Praha ó Praga, poderosamente fortificada por ellos. Pero habían sido detenidos por los montes cubiertos de bosques, y solamente los habían franqueado por escasos pasajes, de los cuales el principal era el de Domazlice ó Taus, que se dirige hacia el codo del Danubio. Los Alemanes, más numerosos, y además llamados por los reyes de Bohemia que querían poblar sus dominios, habían escalado los montes, se habían instalado en los claros de los bosques y después habían colonizado acá y acullá los valles del interior: toda una cintura etnológica se había desplegado en semi-círculo alrededor de las poblaciones eslavas de la Bohemia central.

De ese modo, el contraste de las razas, opuestas por la fuerza de las cosas é independientemente de las voluntades, había de com-

plicar la situación religiosa, única que interesaba entonces á la Iglesia soberana. En aquella época, Juan Huss era, entre todos los innovadores que seguían la doctrina de Wiclef, quien había conservado de aquella enseñanza la impresión más viva: sintiéndose agitado por ella hasta en su sueño<sup>1</sup>; y se declaró contra la autoridad des-



PRAGA — HOTEL DE VILLE

Cl. Kuhn, edit.

pótica del clero. Obligado á huir de Praga, donde su vida estaba amenazada, fué enviado ante el concilio que entonces se celebraba en Constanza (1414) para tratar de remediar el inmenso desorden de la Iglesia, cuyo gobierno se disputaban tres papas. Huss desconfiaba con razón de la cortés invitación que se le había dirigido, pero el emperador Segismundo le proveyó de un salvo-conducto y

<sup>1</sup> Alfred Dumesnil, *Jean Huss, fragment d'une Histoire du Libre Esprit*.